

PRIMERA PARTE

EL SIBOLO

PLÁTICA I.

NECESIDAD DE LA INSTRUCCION CRISTIANA.

Non cesses, fili, audire doctrinam, nec ignores sermones scientiæ. (Prov. xix, 27).

Es muy cierto, fieles míos, que á muchos cristianos se les pudiera hacer la misma reconvençion que hacia el apóstol san Pablo á los atenienses cuando les decia, que *adoraban á un Dios que no conocian*. Porque muchos hay, en efecto, que profesando la fe de Jesucristo, que participando de sus Sacramentos, que practicando exteriormente los ejercicios de su religion, no obstante Jesucristo es para ellos un *Dios desconocido*, porque ignoran la grandeza de su majestad, la eficacia de sus méritos, la extension de sus preceptos, la santidad de sus Sacramentos, y la excelencia de las disposiciones con que deben recibirlos. Hábiles y muy instruidos en otras muchas cosas, ignoran la principal que mas les importa saber, cual es, segun san Pablo, Jesucristo crucificado, sus misterios, sus leyes, sus Sacramentos y su Evangelio. ¡Ignorancia deplora-

ble, hijos míos, que es el origen de esa infinidad de culpas que inundan la tierra, y de la condenacion eterna de tantas almas que llenan el infierno!

Para desterrar tal ignorancia de esta parroquia, que el Señor ha puesto á mi cargo, y de la que me pedirá estrecha cuenta un dia, comienzo hoy una serie de instrucciones que oiréis todos los domingos que haya lugar, sí, como es debido, tenéis cuidado de asistir. En ellas os enseñaré todo cuanto os conviene saber para quedar perfectamente instruidos en las cuatro partes de la doctrina cristiana: os explicaré la multitud, variedad y uso de las verdades comprendidas en los doce artículos del *Símbolo*; la necesidad, modo y forma de pedir á Dios lo que expresan las siete demandas de la *Oracion dominical*; el sentido, extension y gravedad de los deberes impuestos en cada uno de los diez preceptos del *Decálogo*; el valor, eficacia y santidad de los siete *Sacramentos*, junto con las disposiciones con que debéis recibirlos.

Feliz yo, si como buen maestro sé explicaros las verdades y obligaciones de la religion que profesais; pero todavía mas dichosos vosotros, si como dóciles y aplicados discípulos sabéis aprender á vivir como verdaderos cristianos. Comenzaré hoy estas instrucciones por la que debe ser la base y fundamento de todas las otras, mostrándoos la suma necesidad y obligacion que tenéis de instruiros á fondo en la doctrina cristiana, conforme al consejo del Espíritu Santo: *Non cesses, fili, audire doctrinam, nec ignores sermones scientie.*

Si vosotros, fieles míos, tenéis por cosa muy necesaria adquirir todos los conocimientos propios de vuestra profesion particular, si el médico juzga como indispensable el instruirse bien

en la medicina, el abogado en las leyes, el labrador en las cosas del campo, y cada cual en lo que atañe al estado que profesa, ¿cuánto mas necesario é indispensable debéis juzgar el aprender bien la principal de todas las profesiones, la que es comun á todos, y la primera que abrazásteis? ¿No fuísteis primero cristianos, que médicos, legistas, ó labradores? ¿No es alguna cosa mas, salir buenos cristianos, que salir buenos payeses, buenos artistas, buenos letrados? ¿De qué sirve, pues, ser sobresaliente en todo lo demás, si antes no se aprende á ser buen cristiano?

¡Oh qué dignos de lástima son aquellos, que aplicándose con el mayor empeño á varios ramos y ciencias humanas, que enriqueciéndose de muchas luces y conocimientos terrenos, muestran una afrentosa pobreza de conocimientos en lo que toca á religion y cristianismo! Yo ciertamente no repruebo los demás estudios, yo no condeno la aplicacion á las ciencias y á las artes; pero sí repruebo que la ciencia de las cosas mas necesarias sea pospuesta á todas las otras; sí condeno que la ciencia de la virtud y salvacion sea desatendida hasta el punto de no ser ya cosa rara encontrar personas del vulgo, artesanos y mujercillas, que en materias de religion saben mucho mas que ciertos hombres de pro y que tienen gran fama en el mundo.

¿Pero qué? decís vosotros; sabemos ya el *Credo*, sabemos el *Padre nuestro*, el *Decálogo*, el número de los *Sacramentos* y otras cosas esenciales: ¿qué mas se necesita? Se necesita, hijos, que además de lo material de las palabras entendais bastante su significacion. Es verdad que toda la doctrina está encerrada y comprendida en estas cuatro cosas que me acabais de citar; pero no toda está en ellas suficientemente declarada, ni puede serlo sin un estudio, sin un maestro que os

desenvuelva y explique lo que en estas pocas cosas está reunido y compendiado.

Así pues, no basta que me sepais recitar el *Credo*; es menester entrar en su espíritu y sustancia, enterarse bien de todas sus palabras, comprender todos sus artículos: sin esto jamás llegaréis á formaros una justa idea de lo que es Dios en sí mismo, de lo que son sus adorables atributos, de lo que es en calidad de nuestro criador, redentor, santificador y un día nuestro premiador ó nuestro castigador.

Si hablamos del *Decálogo*, vosotros veis claro que cada mandamiento se expresa en muy pocas palabras. Amarás á Dios —no pronunciarás en vano su santo nombre— no hurtarás—no dirás falso testimonio— etc. ¿Veis qué palabras tan breves? ¿veis qué expresiones tan concisas? Pero bajo la corteza de estas breves y sucintas palabras ¡cuántas obligaciones se os prescriben de una parte, y cuántas culpas de otra se os prohíben! ¡Ah! si vosotros conociérais perfectamente la multitud de obligaciones impuestas en cada mandamiento, y consiguientemente la multitud de vuestras transgresiones, cierto es que no serian tan áridas, pobres y escasas las confesiones que muchos haceis, no sabiendo de qué acusaros, cuando teneis la pobre alma cargada de culpas, escaseando de pecados en medio de la copia y de la abundancia. En diciendo *yo no robo, yo no mato, yo no quiero mal á nadie* y otras rudezas por este estilo, ya lo habeis dicho todo. Pero lo cierto es, que si un diestro confesor con indagaciones y preguntas se pone á registrar los abismos de vuestra conciencia, á veces encuentra en ella mas pecados escondidos, que mónstruos no se ocultan en los profundos senos del mar.

Respecto á los *Sacramentos* poco sirve que sepais decirme cuántos son: si no quereis profanarlos recibiendo los indigna-

mente, algo mas conviene que sepais. Conviene que sepais cuál es la naturaleza de cada uno, cuáles los efectos que producen, cuáles las disposiciones que requieren. Una sola cosa quiero haceros notar aquí, para que os convenzais de vuestra poca instruccion en materia de Sacramentos. ¿Puede ser mas pobre, mas errónea y extravagante la idea que muchos habeis formado del sacramento de la Penitencia? ¿Cuántos no sabeis el modo de examinar vuestros pecados, ni los motivos de formar dolor, ni las condiciones de un buen propósito, ni las calidades de una legítima confesion? Y sin embargo es el Sacramento que recibís todos los dias; es el Sacramento mas necesario para reconciliaros con Dios.

Y por decirlo todo en pocas palabras, el pequeño catecismo que se os enseñó cuando niños, fue estudio suficiente para aquella edad; mas ahora que sois ya adultos, se os exige alguna cosa mas. Aquellos primeros rudimentos fueron como la semilla que se echa en el campo, no para que quede siempre así en el mismo estado, sino para que á su tiempo nazca, crezca y produzca frutos abundantes. Así, hijos míos, á medida que avanzais en juicio y adelantais en edad, debeis tambien adelantaros y perfeccionaros en el conocimiento de las cosas de la Religion; y por Dios no me seais tan sencillos de creer que ya sabeis bastante.

Pero ¡ah! que muchos lo haceis todo al revés. Apenas hecha la primera comunión, ya no os cuidais mas de la doctrina cristiana; ya os dais mengua de asistir cuando se enseña; ya mirais esta enseñanza como una ocupacion pueril y un empleo de niños. ¿Qué resulta de aquí? Lo que no puede menos de resultar: resulta que insensiblemente vais olvidando la poca doctrina que aprendísteis en la primera edad; resulta que despues de algun tiempo ya no os queda de ella mas que una

ligera sombra ; resulta que al último venís á quedar sin idea alguna de religion, cual si fuéseis unos salvajitos. No sabeis formar un acto de fe, de esperanza, de caridad, de dolor, actos todos esencialísimos al cristiano : no entendeis qué cosa sea la misa, la encarnacion, la gracia, el pecado, ni cuál el medio de destruirlo. ¿Puede haber ignorancia mas completa?

Los confesores temerian haceros una injuria si os preguntasen sobre los artículos mas esenciales de la fe. Pero demos que á alguno le diese un dia gana de hacerlo ; demos que os precisase á responder sobre la Trinidad, Encarnacion, Eucaristía, etc. ; ¡ah Dios mio! estoy cierto que á algunos, solo por vuestra ignorancia, os hallaria incapaces de absolucion. Y sin embargo con la mayor frescura vosotros pasais por todo, confesais, comulgais, os meteis en el matrimonio ; y sin una tintura de cristianismo os colocais al frente tal vez de una dilatada familia. ¿Qué mas? Frecuentemente os encontrais á los extremos de la vida ignorantísimos, y aquellos preciosos momentos que deberian emplearse en otras cosas, es fuerza que el sacerdote asistente los emplee en instruiros y catequizaros. Si las diligencias del sacerdote salen fructuosas ó no, solo Dios puede saberlo.

En mi concepto no hay situacion mas desesperada que la de un cristiano ignorante de las cosas de la Religion. Siendo ignorante, no puede menos que andar fuera del camino del cielo ; no puede ser sino que lleva una vida poco menos que de bestia. ¿Y quién le convierte á este cristiano bestia, ó á esta bestia cristiana? Podrá Dios hacerlo ; pero en lo humano apenas queda medio ni recurso. ¿Qué harémos para convertirle? ¿Despertarémos en su corazon la fe de las tremendas verdades de la Religion? Las ignora... ¿Le excitarémos á actos de dolor? No los conoce... ¿Le convidarémos á los Sa-

cramentos? No sabe lo que son... ¿Le amenazarémos con los tormentos del infierno? No los comprende... ¿Qué medio, pues, hemos de emplear para reducir á este desgraciado? Decidlo vosotros, que yo no lo sé.

Todas estas reflexiones que acabo de hacer, deben convenceros, hijos míos, de la absoluta necesidad que teneis de instruiros con tiempo en las cosas de la Religion, del alma y de la salud eterna. Vosotros, hombres literatos que me escuchais, cultivad en buen hora esos estudios á que os habeis dado ; pero no olvidéis el estudio de la Religion, que es la verdadera sabiduría. Así como está Religion nada teme tanto como el ser ignorada, porque solo la aborrece el que no la conoce ; así está misma Religion una vez bien conocida os preservará de la incredulidad dominante, os armará contra el vicio, y santificando vuestros estudios, hará que ellos mismos sirvan para vuestra salvacion.

Por lo que mira á vosotros, cristianos incultos, habeis de saber que no teneis otro medio de instruiros que asistiendo á la enseñanza cristiana. Quien sabe leer podrá instruirse tomando un catecismo en la mano ; pero á vosotros que no sabeis, la doctrina que aquí se enseña es el único medio de instruccion que os queda. Por tanto teneis mayor necesidad de asistir, y tal puede ser, que os obligue á ello bajo culpa grave. ¿Entendeis? Digo bajo culpa grave.

Vosotros igualmente, padres y jefes de familia, no olvidéis que por razon de vuestro estado debiérais ser los primeros maestros de vuestros hijos y dependientes. Pero ¿cómo enseñarles lo que vosotros mismos no sabeis? Aprended, pues, para poder enseñar. Ínterin no estais en disposicion de hacerlo, guardaos de añadir la indolencia á la incapacidad, permitiendo que vuestros hijos y dependientes pasen los dias

festivos sin venir á la iglesia á aprender la doctrina. De vuestra parte no sois capaces de darles este pasto saludable, ¿no procuraréis á lo menos que vuestro Pastor tenga ocasion de dárselo?

En general os recomiendo á todos la asistencia á las instrucciones cristianas. Ya que el Señor os ha hecho la gracia inestimable de acogeros en el seno de la verdadera Religion; ya que por su infinita misericordia teneis quien siembra en vuestras almas la semilla de la doctrina evangélica, no la dejéis caer inútilmente por vuestra culpa. Yo concluyo pidiendo á Dios con el Apóstol : *que os llene del conocimiento de su voluntad, y os dé toda la sabiduría é inteligencia espiritual, á fin de que os conduzcais de una manera digna de Dios : procurando agradarle en todas las cosas, llevando frutos de buenas obras que os hagan dignos de tener parte en la suerte de los Santos*¹. Amen.

¹ Coloss. 1, 9.

PLÁTICA II.

EL SÍMBOLO EN GENERAL.

In omnibus sumentes scutum fidei,
in quo possitis omnia tela nequissimi
ignea extingueré. (*Ephes. vi, 16*).

Suponiendo teneis presentes las observaciones generales que el domingo pasado os hice sobre la necesidad y obligacion de instruiros á fondo en la doctrina cristiana, paso hoy á exponérosla en detalle en las diferentes partes que tiene, que son cuatro : á saber, doctrina de fe contenida en el *Símbolo*, doctrina de esperanza comprendida en la *Oracion dominical*, doctrina de caridad compendiada en el *Decálogo*, y doctrina de buenas obras comprendida en los *Sacramentos*.

Cuando se quiere levantar un edificio, la primera diligencia es echar un buen fundamento ; porque si el fundamento no es sólido, el edificio flaquea, vacila y se desploma. Pregunto ahora : ¿cuál es el fundamento sobre el cual debe sostenerse todo el edificio espiritual de nuestra santificacion y salud? La fe, hijos, la fe. Sin la fe, os dice san Pablo, es imposible agradar á Dios : *Sine fide impossibile est placere Deo*. Quien no tenga una fe entera y sana, añade san Atanasio, sin duda perecerá eternamente : *Quam nisi quisque integram, inviolatamque servaverit, absque dubio in æternum peribit*. Es pues por la doctrina de la fe que debo yo comenzar mis catecismos é instrucciones, y vosotros vuestro estudio y aplicacion.

¿Y en dónde encontraremos estas doctrinas de la fe? Por lo que hace á vosotros que no sois llamados á ser apóstoles,